

MISCELÁNEA

PERÚ Y LA MONTAÑA DE LA POBREZA: EL PASADO, EL PRESENTE...

MARIANO MONGE JUÁREZ
CRISTINA LÓPEZ OSUNA
Universidad de Alicante

Acabábamos de llegar a Lima, parecía que a las afueras de la ciudad estaban de fiesta y había fuegos artificiales. La carretera estaba casi oscura. Al fondo se veía un inmenso anuncio publicitario que hacía propaganda de una bebida refrescante, estaba tan iluminado que recordaba una aparición divina en los cielos. - Es como si aquel gran cartel de Beba Coca-cola, lleno de luces mientras la gente a penas ve en las calles por falta de iluminación, te die- ra la bienvenida al Tercer Mundo -.

Circunvalamos la urbe, vimos por primera vez el Pacífico, luego las casas de los poderosos en el barrio de San Isidro, con sus murallas defensivas y su alambre de espino parecían castillos de los señores feudales.

Cuando llegamos a los barrios periféricos nos dimos cuenta de que no había fiestas, lo que parecían fuegos artificiales eran las pequeñas luces de la chabolas construidas sobre una gran montaña de los arrabales de Lima, donde crece la carne para el cañón.

La ciudad era inmensa, los edificios viejos y ruinosos. Los coches, esqueléticos, de un lado para otro, libres, casi sin normas de circulación. Y la gente, que siempre es lo más importante de todo, sobrevive silenciosamente, y todavía les queda amabilidad, e incluso muchos son capaces de fabricar suficiente amor no sólo para abastecer el mercado interno, sino



también para transmitirlo a los que llegamos de otros países.

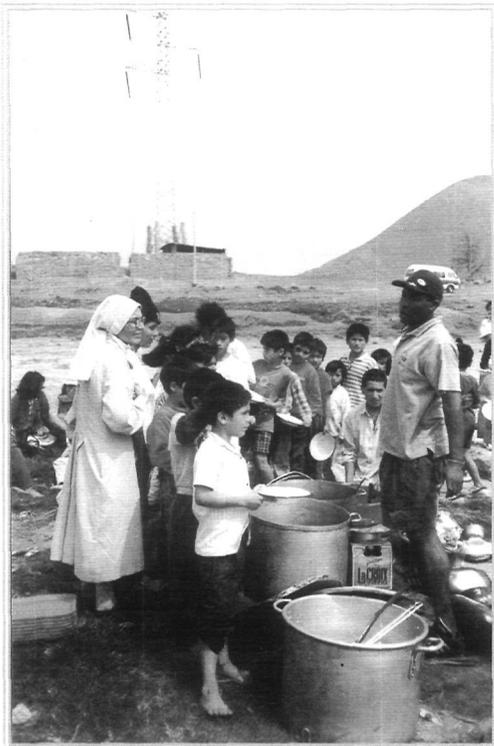
La vida es muy diferente, ¿cómo transmitir las sensaciones un español que viene de un mundo en que se despilfarra de todo menos humanidad?. Hay que ir allí para darse cuenta del valor de las cosas más insignificantes, no para dar limosna y sentirnos mejor por una obra de caridad sino porque todavía es posible cambiar el mundo

Y mientras todo esto transcurre, Fujimori, el todopoderoso presidente, prepara cómo eternizarse en el poder, haciendo malabarismos para que todo parezca una tranquila democracia. De todos modos, cuando llevas unos cuantos días paseándote por las ciudades y el campo, ya sabes que es una dicta-



dura, sobre todo si te encuentras sin darte cuenta en medio de una manifestación de universitarios contra la dictadura de Fujimori. Pero ¿cómo? si las dictaduras ya no se estilan, no, no, es que a las dictaduras de América del Sur les han cambiado el título y el decorado. Aunque la película es la misma, unos pocos, cada vez más poderosos, manejan la voluntad de todos; los niños y los menos niños siguen sin ser dueños de su destino.

La gente calla y se busca la vida. Muy lejos de ellos las ideologías, las teorías económicas, muy cerca la pobreza, la injusticia, la desigualdad, y en cada esquina un policía con su metralleta al hombro, en cada avenida un niño sin padre ni madre, ni nada en este mundo. Callar, caminar, acaso la estrategia del caracol, que es un animal sabio, sin duda, porque no molesta a nadie, solamente se ocupa de que su corazón se escuche. ¿Cuánto vale la vida? Creíamos que no tenía valor monetario. En Perú sí, 15 soles por saber si tienes los anticuerpos del SIDA, 6 por una consulta de medicina general, ni te cuento por una operación de apendicitis. Todo tiene



su tasa. Los hospitales parecen supermercados - están privatizados- por eso hay tanta vigilancia policial en las puertas y no te dejan entrar ni con una cámara fotográfica.

Luego, cuando regresas a España, lejos de encontrarte a gusto por tu buena labor en una ONG, ya no estás tranquilo, porque sabes que todo lo que sale en el telediario es cierto, e incluso más, la miseria y la injusticia tiene un nombre y unos apellidos, te das cuenta de que los de las fotos de las revistas tienen vida y células que lo sienten todo, exactamente igual que tú.

Pero no es esta toda la amargura, lo peor es que estos pueblos del sur de la Tierra no tienen un Cuarto Mundo del que vivir, como nos ocurre a nosotros, los del norte.

¿Qué podemos hacer entonces?

Partimos el 15 de septiembre de 1998 con la intención de hacer realidad un proyecto de Cooperación en la "Casa hogar Juan Pablo II para niños abandonados" en San Pedro de Lurín, muy cerca de Lima. La Plataforma del 0,7 de la Universidad

de Alicante nos había subvencionado un programa para educación sanitaria e higiénica de los 117 niños abandonados con los que íbamos a convivir durante un mes. En el transcurso del este breve, pero intenso período teníamos que desarrollar una serie de actividades que colmaban nuestro calendario: charlas sobre nutrición, sexualidad y enfermedades de transmisión sexual, enuresis, reconocimientos sanitarios, detección de necesidades culturales y socio-sanitarias, actividades didácticas para fomentar hábitos higiénicos y saludables, dotación de medicamentos y material sanitario diverso, etc.

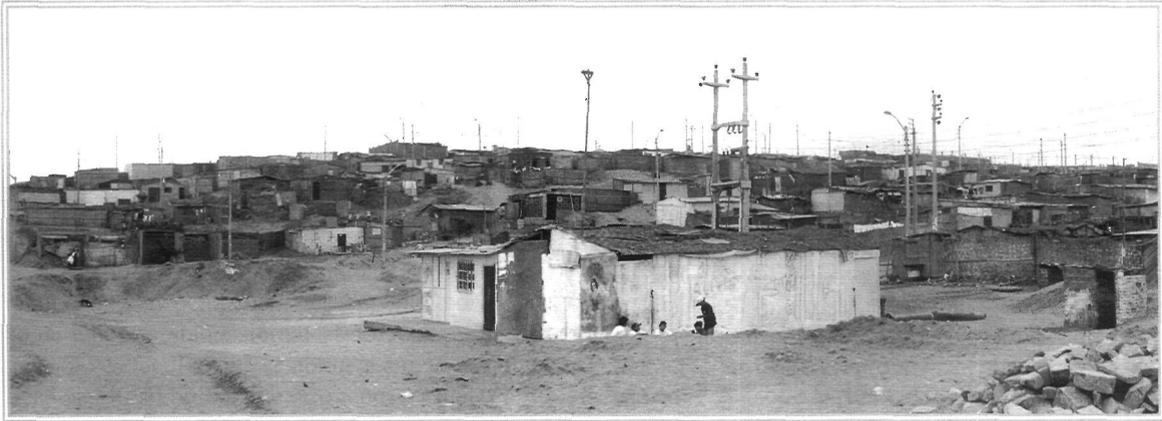
Los niños nos recibieron como si viniéramos de otro planeta, nunca olvidaremos sus caras, su tacto, sus nombres. Lima y sus alrededores están repletos de casas como ésta en la que se recoge a los niños de la calle.

Otra parte del proyecto, que no tuvimos tiempo de desarrollar, iba a ser para Villa el Salvador, se-

de trescientos mil habitantes. El aspecto de Villa el Salvador es el de un arrabal de chabolas amontonadas que rodea a la capital de Perú. La gente suele llamar a estas poblaciones asentamientos humanos.

El proceso de éxodo desde la sierra, la selva y las zonas áridas del sur continúa acrecentando todo un caos de miseria. Cuando te acercas a Lima por la carretera panamericana el paisaje de un lado y otro es un largo horizonte de pobreza de decenas y decenas de kilómetros: casas hechas con adobe, chabolas construidas con tablas y chozas de esteras y cartones. Allí vive, muere la gente y hasta nos parecen felices a los viajeros. No le falta a la mayoría el televisor para ver jugar la Copa Libertadores al Alianza de Lima, ni el camastro para soñar con ser la protagonista de un culebrón televisivo, tampoco el analfabetismo ni la tuberculosis.

Unos meses antes de ir a Perú un amigo nos escribió una postal desde Oxapampa, una región de



guramente la ciudad más impresionante que hemos visto en toda nuestra vida.

Este pueblo joven se fundó a principios de los 70. Miles de familias arrojadas de sus lugares de origen por la pobreza de las provincias de todo Perú, inician una marcha hacia la capital, en busca de una fortuna prometida que sólo existe en su imaginación. Cuando fueron llegando se instalaron en un desierto de arena de los alrededores de Lima, que cedió la esposa del entonces presidente, allí levantan sus chozas con esteras y residuos, así fundan en unos pocos años la gran ciudad que ahora tiene más

ceja de selva, donde hay otra casa hogar, nos decía que en Perú terminas convirtiéndote en esclavo, cura, explotador, o guerrillero. Pensamos que era un poco extremista pero en fondo, no le faltaba razón. De todos modos, quizá todavía tengamos mucho en nuestras manos, nada merecería la pena si no nos hubiéramos dado cuenta de que todavía es posibles hacer algo más.

